

René Coulomb, coordinador

México: centralidades históricas y proyectos de ciudad



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión M.

Coordinador editorial

Jaime Erazo Espinoza

Comité editorial

Eusebio Leal Spengler

Fernando Carrión M.

Jaime Erazo Espinoza

Mariano Arana

Margarita Gutman

René Coulomb B.

Coordinador

René Coulomb B.

Editor de estilo

Santiago Vizcaíno

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-09-4

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel: (593-2) 246 2739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Primera edición: febrero de 2010

Quito, Ecuador

Contenido

Presentación	7
Prólogo	9
<i>René Coulomb</i>	
Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques de imaginarios y otros conflictos).	23
<i>Daniel Hiernaux</i>	
Usos y desusos en la ciudad vieja- centro histórico de Puebla.	47
<i>Elsa Patiño Tovar</i>	
Confrontación de intereses inmobiliarios en el centro histórico de la ciudad de México.	87
<i>Carlos Morales Schechinger</i>	
La ciudad central: un espacio disputado.	117
<i>Emilio Duhau y Angela Giglia</i>	
Ciudades históricas en México: rehabilitación y desarrollo.	155
<i>Salvador Díaz-Berrio Fernández y Alberto González Pozo</i>	

Producción de los centros y formas de acción pública.	203
<i>Patrice Melé</i>	
Modelos financieros para el rescate del centro histórico de la Ciudad de México.	241
<i>Manuel Perló Cohen y Juliette Bonnafé</i>	
El centro histórico de Querétaro: gentrificación <i>light</i> y vida cultural.	283
<i>Carmen Imelda González Gómez</i>	
El centro histórico de Morelia: una buena práctica de revalorización del patrimonio.	305
<i>Luis Felipe Cabrales Barajas</i>	
Nuevos enfoques para el ordenamiento de los centros históricos. El caso de Puebla.	347
<i>Guadalupe Milián Ávila</i>	
Construyendo utopías desde el centro.	369
<i>René Coulomb</i>	
Del centro histórico de Tlalpan al centro comercial Cuicuilco: la construcción de la multicentralidad urbana.	399
<i>María Ana Portal Ariosa</i>	

Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques de imaginarios y otros conflictos)¹

Daniel Hiernaux²

Un título como este puede parecer una contradicción. Hemos mezclado, en efecto, dos registros que, aparentemente, no pueden convivir: los centros históricos son, en ojos de la mayoría de sus espectadores y de quienes pretenden vivirlos, un remanente de un legado histórico; en otros términos, un patrimonio colectivo. Por otro lado, los espacios de la posmodernidad refieren a esta fase, posterior a la modernidad, de la cual no es necesario en este momento describir las características, en la cual los tiempos y espacios se atropellan entre sí, como si viviéramos como ciegos desafortunados.

El propósito de este ensayo es convocar a una suerte de confrontación entre dos formas de concebir los centros históricos. Para ello, introducimos la espacio-temporalidad de dos tipos de imaginarios: los imaginarios posmodernos y los patrimonialistas, bajo el supuesto de que es a partir de la coexistencia, confrontación y particularmente de su conflicto, que pueden interpretarse las transformaciones aparentes y visibles de los centros históricos actuales. Nuestros análisis siguientes

- 1 Este artículo fue publicado en "Cuadernos" de la Universidad Autónoma Metropolitana en 2006.
- 2 Profesor-Investigador titular del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Iztapalapa, México, profesor de la Licenciatura en Geografía Humana y del Posgrado en Ciencias Sociales. Miembro del área de investigación Espacio y Sociedad, del Departamento de Sociología de la UAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, danielhiernaux@gmail.com

no provienen de un caso en particular, sino de muchos, particularmente las ciudades latinoamericanas y las europeas. El caso de las ciudades estadounidenses es sensiblemente diferente, por ello difícilmente cabrían en nuestras propuestas analíticas.³

Como se ha observado recientemente en las ciencias sociales, la dimensión espacial se ha tornado ineludible en cualquier análisis que pretenda recuperar la complejidad. No obstante, las formas de tratar la espacialidad son variadas, y nuestra propuesta no es hacerlo desde las perspectivas urbanísticas (sin negarles valor analítico y reconociendo su progresivo acercamiento a las ciencias sociales desde hace por lo menos tres décadas), sino desde un enfoque que sitúa el tema del sentido del lugar en el centro de las preocupaciones.

Este interés en la espacialidad es parte del denominado giro geográfico experimentado por las ciencias sociales, que, aunque fuera difícil en un principio, con el paso del tiempo ha mostrado su carácter benéfico. En última instancia, esto ha impulsado una compenetración de conceptos derivados de la geografía humana con los de las otras ciencias sociales. Si bien este proceso no ha escatimado dificultades (como las relacionadas con el diálogo entre miradas aparentemente distintas), enriquece tanto a las otras ciencias sociales como la misma geografía humana. En este artículo nos ubicamos en esta perspectiva para contrastar las lecturas tradicionales de los centros históricos con nuevas orientaciones en cuanto a la percepción de la espacio-temporalidad.

Nuestro planteamiento sobre los centros urbanos toma como punto de partida la confrontación entre temporalidades: el presente y el legado del pasado. Retomamos, así, una perspectiva benjaminiana. Esta visión exige la introducción de los imaginarios urbanos.

3 Ciertamente que no todos los centros históricos de Estados Unidos y Canadá demuestran las mismas tendencias. Por ejemplo, los centros de las ciudades del Noreste del subcontinente —cuna de la colonización inglesa y francesa, tanto en Canadá como en los Estados Unidos— con frecuencia se asemejan a las ciudades europeas, por lo menos en cuanto al interés marcado en preservar y revitalizar sus centros históricos de reconocido valor patrimonial.

En la parte inicial de nuestro trabajo, realizamos una primera aproximación al tema de los imaginarios, para después presentar las dos líneas de fuerza sobre la toma de posición de los diversos actores sobre los centros históricos.

De los imaginarios urbanos

El tema de los imaginarios urbanos se ha puesto de moda, como bien lo señala Armando Silva en su libro seminal de 1992. Las “proyecciones fantasiosas” sobre el tema, como él las denomina, han recibido una gran acogida por dos motivos decisivos: por una parte, la articulación de la política latinoamericana con un fuerte ingrediente imaginario, “(...) como forma de confrontar el poder” (Silva, 1992: 14). Por otra, y más importante desde nuestro punto de vista, surge el hecho de que “América Latina ha visto nacer en los últimos años una auténtica pasión cultural por lo urbano y comprender lo que significa eso” (Silva, 1992: 15).

Finalmente, la ciudad es reconocida por las sociedades latinoamericanas como el espacio principal, protagónico, donde se realiza todo y aun lo demás, producción, distribución, consumo y, sobre todo en el mundo actual, la ciudad también es el espacio del espectáculo. Nos podemos remitir a los trabajos precursores de los situacionistas y en primer lugar a los de Guy Debord (Debord, 1995), quien, más que otros autores, supo anticipar la transición acelerada del mundo actual desde una sociedad de la producción marcada por la rígida doctrina taylorista y por el espíritu protestante descrito por Max Weber a inicios del siglo XX, hacia otra que entremezcla lo anterior con una dosis poco común de desorden, instantaneidad, reagrupaciones sociales con sustratos culturales ligeros, y un sentido creciente del ocio y de lo lúdico.

La sociología reciente en la voz de autores como Michel Maffesoli ha rendido el testimonio de una recomposición de las sociedades capitalistas que supera el nivel de las apariencias, para ir hasta el fondo del potencial humano que le permite resistir y enfrentar el poder, sea polí-

tico o económico, y crear así nuevas formas de socialidad. En estas nuevas formas de socialidad, las apariencias, la fiesta y el mismo desorden son manifestaciones esenciales y sugestivas (Maffesoli, 1993, 2003).

Se podría objetar que las corporaciones económicas nunca habían sido tan fuertes ni los gobiernos tan belicosos y represivos, ciertamente, pero también nunca la llamada sociedad "civil" había manifestado intereses tan divergentes, contribuyendo a perfilar una sociedad diferente. Lo belicoso, lo lúdico, lo creativo y lo explosivo de las sociedades actuales expresan una circunstancia histórica en la cual no solo hay expansión global sino resistencia y actuación social.

Podemos definir entonces al imaginario urbano como una creación incesante de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede uno referirse a algo (Castoriadis, 1985: 7). Esta definición preliminar pone el acento en la creación de elementos que escapan a la materialidad dominante y que remiten a una componente de lo humano que ha sido con frecuencia menospreciada: la subjetividad social.

Lo imaginario, por ende, está relacionado con procesos cognitivos y de memoria, sin que ello niegue su expresión en formas materiales, tanto de tipo arquitectónico, como en los grafitis, los *performances* u otras manifestaciones efímeras. Aunque estos procesos también se manifiestan en otras cuestiones como el atuendo de las personas, resultado del deseo de evidenciarse y ser reconocido/admirado/rechazado a través de comportamientos que buscan mostrarse como extravagantes.⁴ En otras ocasiones, la búsqueda de ser reconocido como diferente a las masas informes que suelen poblar las ciudades recurre a las marcas físicas duraderas o efímeras.

4 Hoy la figura del "metrosexual" parecería imponerse como la de una persona que busca el extremo refinamiento en su apariencia, pero no deja de ser significativo que este tipo de extravagancias se había presentado por lo menos desde inicios del siglo XIX con los "Incoyables" en Francia; posteriormente, la figura del *dandy* (personificada en el "Beau Brummel" como figura paradigmática) o del "Pachuco" en el mundo latino de la segunda posguerra.

La incorporación de lo subjetivo entre los elementos fecundos para analizar la ciudad de hoy debe asociarse con el rechazo creciente a los análisis realizados unilateralmente desde las formas materiales o desde las imposiciones de la economía y la organización social. Esta incorporación de lo subjetivo que había sido tocada ya por Georg Simmel, y posteriormente reforzada en parte por los estudios de la Escuela de Chicago, desafortunadamente se fue diluyendo en el tiempo, sin que por ello no haya dejado huellas importantes en la sociología y la psicología social, y en menor grado también en los estudios de la ciudad.

Para comprender la ciudad a la que nos confronta el presente, tenemos entonces que echar mano de la dimensión subjetiva que es constitutiva de las ciudades. Y una forma de hacerlo es a través de la comprensión de la construcción simbólica individual y colectiva de los territorios urbanos. Esto no implica solo remitirse a las dimensiones psicosociales, sino a todo lo que puede significar nuestra relación con la ciudad desde la subjetividad.

La construcción de los imaginarios, es decir de un conjunto de figuras, formas e imágenes por medio de las cuales nos representamos la ciudad pero también la construimos, deviene entonces en un material esencial para la empresa de comprender la dimensión subjetiva de la ciudad, aunque no sea la única.

Quizás podamos hablar de “imaginario urbano”, en sentido genérico, cuando nos enfrentamos a un conjunto de elementos que apuntan a una construcción subjetiva particular que tiene características propias y se distingue de otras. Pero, en términos generales, debemos reconocer la pluralidad de las construcciones imaginarias sobre la ciudad, por lo que consideramos más oportuno hablar de “imaginarios urbanos” en plural.

La complejidad misma de los imaginarios urbanos es, al mismo tiempo, el reflejo de la selva subjetiva que habita el mundo urbano y la manifestación de una riqueza social con potenciales formidables: no hay una lectura, un pensamiento único que surja y se modele a partir de los imaginarios urbanos, sino una pluralidad de sentidos que se transmiten también en la extraordinaria complejidad de las manifesta-

ciones de estos imaginarios en la vida cotidiana; lo anterior, de paso, representa un reto muy fuerte para la investigación urbana.

Los imaginarios urbanos no son estables, como ya se afirmaba anteriormente. Son una creación constante, a la imagen de todo el trabajo de la mente urbana, que teje y desteje constantemente, a diferencia de aquellos animales que construyen rutinariamente de forma irreversible y con patrones muy precisos sus redes para atrapar a las presas. Afortunadamente, los imaginarios urbanos no operan de la misma forma, ya que la subjetividad social actúa permanentemente para recomponer las figuras, cambiar las formas, repensar las imágenes, de tal manera que los imaginarios suelen ser precarios.

Por otra parte, es necesario reconocer que existen dos niveles sociales de construcción imaginal: el individual, basado en las interpretaciones —siempre sociales— de una persona, y el colectivo, que se construye cuando las interpretaciones individuales logran encontrarse para confluir hacia un imaginario colectivo que integra —sin por ello desvanecerlas— las diversas construcciones individuales. Los modelos de imaginarios sociales pueden entonces ser entendidos como fuerzas transversales en el pensamiento social, que imprimen una direccionalidad sólida hacia ciertos comportamientos colectivos.

Pero también se debe tener en mente que los imaginarios se deconstruyen con cierta frecuencia: tanto en la confrontación con otros imaginarios como por la permanente interacción cotidiana entre lo que se ha asimilado subjetivamente por el pasado con las nuevas figuras-formas-imágenes que emergen o literalmente brotan de la realidad. Por ende, la construcción-deconstrucción-reconstrucción de los imaginarios urbanos es un proceso permanente que muestra una gran capacidad de adaptación a la innovación social vehiculada en las prácticas de la vida cotidiana.

Podríamos concebir los imaginarios como construcciones subjetivas cuyas componentes son esenciales ideas, por ende, cuerpos mentales sin realidad concreta y también sin espacio y sin tiempo. Es una forma de interpretarlos, quizá la forma más frecuente en la literatura actual sobre el tema, forma que tiende a situar los imaginarios en la

esfera de la ideología. Lo significativo de esta postura es negarle a los imaginarios todo tipo de vitalidad (vida). Dicha interpretación podría ser el resultado de la forma tradicional de pensar el desarrollo de las ideas y, también, podría resultar de la supervivencia de concepciones estructuralistas que relegan las ideas a un plano estrictamente etéreo.

Nos parece, por el contrario, que los imaginarios urbanos sean perfectamente identificables en su dimensión espacio-temporal. Esto no quiere decir que la espacialidad de los imaginarios sea susceptible de ser relacionada con un espacio absoluto, medible en términos de la geometría euclidiana. De manera similar, tampoco referimos a un tiempo lineal, igualmente medible y especializado, propio de la contraparte temporal del mismo mundo espacial convencional.

Más bien, nos referimos a otra espacio-temporalidad: el imaginario se engarza en un espacio subjetivo, no medible, (de)formado por consideraciones no racionales, susceptible de mutaciones que tienen poco que ver con su materialidad. De la misma forma, el tiempo de los imaginarios urbanos es algo diferente al tiempo medido. Puede trastocar el orden tradicional, es decir, el del pasado-presente-futuro, reorganizándose desde criterios y apreciaciones no lineales, sino curvadas por las presiones ejercidas por la subjetividad y las sensaciones, a partir de las cuales se aprecia buena parte de la realidad cotidiana. Los imaginarios operan entonces desde lo mental, pero toman cuerpo y se pueden entender solo si se intuye su espacio-temporalidad que forma parte del mismo imaginario, pero, al mismo tiempo, derivan en su materialidad inmediata o mediata.

La espacio-temporalidad de los imaginarios implica que no pueden ser analizados solamente desde su dimensión mental, sino también a través de los tiempos que los generan, de los espacios que los inspiran, de las nuevas temporalidades que hacen emerger y de los espacios que contribuyen a crear.

Detrás de las manifestaciones materiales de los imaginarios, a veces escondidos en el discurso sobre la ciudad del individuo anónimo, emergen los motores profundos de las transformaciones materiales de nuestras ciudades. Más que analizar los “hechos”, la realidad “concre-

ta” (que también merece una lectura desde lo subjetivo y los imaginarios), el gran desafío del analista es interrogarse acerca de, por ejemplo, una expresión verbal aparentemente secundaria, una expresión pictórica que parecería no trascender (la pinta, como un tatuaje no permanente), un *performance* individual o social, no solo en su sentido artístico actual sino si admitimos que todos representamos un papel en el gran escenario que son nuestras ciudades actuales.

Estos interrogantes deben ser de acompañamiento y no de transgresión de la actuación verbal o comportamental, ni tampoco de imposición de una trama de análisis preestablecida, como solía hacerse en el pasado y se hace todavía en ciertos contextos de las ciencias sociales.

Podemos realizar muchos estudios sobre los imaginarios urbanos y, sin embargo, todos serían insuficientes si quisiéramos conocerlos “todos”. Nuevos imaginarios se construyen en el momento mismo en que intentamos, tales Sísifos intelectuales, construir el modelo del imaginario estudiado, pensando –con cierta cuota de idealismo o de ingenuidad– que quizás construimos un tipo ideal weberiano.

En las páginas que siguen tratamos de reconstruir las características centrales de dos modelos de imaginarios, que consideramos esenciales para entender los centros históricos actuales: estos son los imaginarios patrimonialistas y aquellos que se derivan del asalto posmoderno a nuestras ciudades latinoamericanas. Como ya lo mencionamos en la introducción, estas construcciones que hacemos son a la vez resultados del seguimiento de las transformaciones recientes de los centros históricos de las ciudades latinoamericanas y europeas, pero también son una suerte de modelo que hemos intentado construir en diálogo con dichas transformaciones. Su valor no se deriva entonces tanto de su capacidad de adaptación precisa para la comprensión de algún caso particular, sino porque pueden ser figuras de referencia con las cuales las diversas realidades concretas pueden confrontarse.

Los imaginarios patrimonialistas: dimensión espacio-temporal

La modernidad, en su afán por distanciarse de las sociedades tradicionales, ha sido ávida de destrucciones en sentido material. Desde los albores de la nueva revolución urbana, ahijada de la modernidad en ciernes en los inicios del siglo XIX, hasta nuestros días, la historia de las destrucciones urbanas parecería superar en intensidad y extensión el relato de las construcciones nuevas.

En los últimos tiempos se ha asistido a un interés creciente por comprender algunas formas espaciales de la modernidad incipiente, tan bien apodada por Walter Benjamin como “ur-modernidad” (Benjamin, 1996). La aparición de las galerías cubiertas en Europa y casi simultáneas en Estados Unidos desde principios de siglo XIX, el surgimiento de las tiendas departamentales en la segunda mitad del mismo, la multiplicación de las exposiciones universales y las grandes ferias coloniales, son algunos de los temas que han interesado a geógrafos, sociólogos, filósofos o estudiosos de la cultura en los últimos veinte años (Gregory, 1994; Pred, 1991).

De paso, esto ha obligado a una nueva lectura de la obra de Walter Benjamin que, sin lugar a dudas, fue pionera en la materia, con su inolvidable e inconcluso *Passagenwerk* que se ha vuelto un libro de “culto” para este género de estudios.

También el análisis de las formas urbanas del pasado y de las grandes transformaciones de las ciudades es sin lugar a dudas el paradigma que ha florecido en la literatura sobre el tema (Harvey, 2003). Como antecedente empírico de estas transformaciones siempre resulta ilustrativo recordar la visión de Napoleón III, materializada en la traza parisina por el barón Haussman.

Esta situación seguramente es la consecuencia de un interés genuino hacia las formas de reconstrucción impulsadas por la modernidad, de las cuales están pendientes de analizar muchas facetas. Este interés también parecería corresponder a un estado de espíritu que nos genera la necesidad de mirar hacia el pasado, cuando el presente se ha acelerado a tal grado que parecerían haber desaparecido los referentes

temporales tradicionales a los cuales las sociedades modernas se remitían.

La mirada al pasado es entonces una forma de entender cuáles son los imaginarios sociales que han conducido el mundo actual al estado en el que se encuentra.

El tema de nuestras ciudades se ha vuelto crucial. La proliferación de centros comerciales, la privatización del espacio, la segregación o dualización creciente o inclusive la mundialización de las ciudades, son temas actuales que invitan a recorrer la historia de las ciudades en busca de elementos explicativos, y quizá de analogías fecundas. Las analogías entre las galerías cubiertas y los centros comerciales actuales parecen hoy cobrar gran interés, y seguramente constituyen una línea próspera de análisis.

A pesar de este aspecto en particular, queremos destacar una tendencia más intensa. Hoy en día nos encontramos en una verdadera boga de regreso al pasado que afecta a todas las esferas de la vida social del planeta. La mirada sobre el pasado puede ser asimilada como una forma de enfrentar la angustia profunda que se deriva de la contemplación de un mundo que pretende negar su pasado (el fin de la historia) y que transforma radicalmente la faz de la tierra, los paisajes tradicionales del mundo de la modernidad.

En este sentido, el pensamiento de David Lowenthal (1998), quien consideró al pasado como un país extraño, está lleno de enseñanzas. Para entender la sociedad de hoy, y su forma de enfrentar el presente, debemos asumir que nuestra mirada hacia el pasado puede ser una suerte de viaje a tierras desconocidas pero con gran capacidad para explicarnos, por analogía, el presente. No es tema de este trabajo profundizar sobre la necesidad de este viaje al pasado que deben realizar las sociedades actuales. Solo abordaremos una faceta de él: la mirada al pasado del imaginario patrimonialista que anunciábamos en el título de este acápite.

El imaginario patrimonialista sería entonces el conjunto de figuras/formas/ imágenes a partir de las cuales la sociedad actual, o por lo menos una parte de ella, concibe la presencia de elementos materia-

les o culturales del pasado en nuestro tiempo y nuestro espacio de hoy. También el imaginario patrimonialista es la guía de ciertos programas sobre los centros históricos en particular, pero también sobre otras manifestaciones de las espacialidades del pasado todavía presentes en la actualidad.

Podemos calificar al imaginario patrimonialista como el sustrato que guía el intento individual y colectivo de algunos para imponer al resto de la sociedad la preservación de las marcas físicas y de las manifestaciones culturales que estuvieron en boga en épocas anteriores.

Por ende, el imaginario patrimonialista se ha vuelto una fuerza potente que no solo marca el pensamiento actual sobre las ciudades y particularmente sobre sus centros históricos; ha devenido en un verdadero referente al cual se remiten constantemente aquellas personas o grupos que tienen alguna capacidad y poder para transformar de raíz las formas materiales de las ciudades; entre ellos contamos a los políticos, los promotores inmobiliarios, ciertos empresarios modernos, pero también aquellos sectores profesionales cuyas actividades están fuertemente enlazados con la historia materializada en huellas espaciales: arqueólogos, arquitectos, historiadores urbanos, entre otros.

El imaginario patrimonialista tiende a plantear que las manifestaciones materiales de las culturas urbanas del pasado deben ser rescatadas, preservadas y enarboladas por las sociedades actuales. Esto proviene de la perspectiva que busca revalidar un pasado de fuerte presencia para la producción actual de identidades y formas de cohesión social.

Se defiende la idea de que el pasado es parte de nuestro presente y que, a la manera de lo expresado por el geógrafo brasileño Milton Santos, el pasado se encuentra, en cierta manera, cristalizado en las formas materiales del presente, bajo la forma de las llamadas "rugosidades" (Santos, 1990: 20). Así, para entender nuestro presente, es ineludible comprender nuestro pasado y, en particular, reconocer y valorizar sus formas materiales cristalizadas en el espacio actual, nuestro espacio de vida.

Los defensores de un imaginario patrimonialista, aquellas personas o grupos que se han encargado de circular socialmente (difundir) este

constructo, no dejan de utilizarlo como sustento de su actuar cotidiano sobre los centros históricos. Ya sean empresarios o asociaciones civiles que se construyen en torno a la defensa del patrimonio material urbano, todos sin excepción “operativizan” su imaginario en la concreción de sus acciones. Por ende, este imaginario tiene un papel significativo en las transformaciones actuales y en el futuro de los espacios urbanos fuertemente marcados por el pasado.

El Centro “revisitado”: el asalto posmoderno

La otra vertiente de los imaginarios urbanos sobre los centros históricos se impone a partir de la deconstrucción de la concepción moderna del tiempo y el espacio. Los nuevos imaginarios urbanos resultantes irrumpen en los centros históricos a partir de las consideraciones espacio-temporales progresivamente impuestas por la modernidad acelerada: este es el imaginario posmoderno sobre el centro histórico.

Iniciemos por esclarecer los rasgos esenciales de este imaginario a partir de sus fundamentos espacio-temporales. Como ya lo han manejado varios autores (Giddens, 1997), el punto clave es la transformación en la concepción del tiempo a partir de las potencialidades ofrecidas por la tecnología. Las consecuencias inherentes a un modelo marcado por la fragmentación de la linealidad temporal es la pérdida de la continuidad del tiempo lineal, propio de la modernidad pero construido a lo largo de varios siglos. Así, la pedacería del tiempo, esta atomización de la duración en momentos sin continuidad (Bachelard, 2002), conlleva una pérdida de memoria y de las tradiciones históricas.

Cada momento es valorizado en sí mismo, es concebido como un fragmento presente, un momento vivido, pero sin la profundidad ni la textura insertas en la referencia temporal de largo plazo. Esta vida del –y para– el instante, esta fragmentación de la vida cotidiana, se traduce simultáneamente por una desestructuración de las formas espaciales propias de la modernidad.

El espacio pierde, pues, su sentido de lugar, cargado de historia, de referentes identitarios y de memoria colectiva. Se hace solo un espacio genérico, que puede diferenciarse de otro gracias a cualidades físicas distintas, a localizaciones evaluadas como interesantes o en virtud de potenciales complejos.

Estamos asistiendo a lo que Henri Lefebvre había advertido en términos de la indiferenciación del espacio a medida que avanza el capitalismo (Lefebvre, 1974). Este espacio absoluto es una suerte de espacio indefinido, moldeable según las necesidades, fragmentado según requerimientos particulares.

No es de extrañar entonces que este espacio no integre la profundidad histórica anterior, y que los imaginarios susceptibles de construirse en torno a él no reflejen más que conjeturas sobre el sentido “presente” de este espacio. Sentido del espacio que no es, indudablemente, un sentido de lugar. Pero también es un sentido del espacio susceptible de modificarse en cuanto se modifiquen los intereses, se desplacen las imágenes acerca de los ideales de belleza, de valorización estética, de sentido para hacer posible un nuevo instante presente.

El imaginario que se construye en este contexto no manifiesta el mismo interés por el pasado y su cristalización espacial en sitios y monumentos, que aquel que suele plantearse el imaginario patrimonialista. No por ello destruirá estos sitios y monumentos, sino que no dudará en refuncionalizarlos para necesidades ingentes, ligadas con la percepción que en un momento dado se hace de este espacio al cual se encuentra confrontado.

Por ende, no existe el sentido del estilo —como advertía también Henri Lefebvre a fines de los sesenta (Lefebvre, 1972)—; se pueden mezclar los géneros arquitectónicos, se pueden confrontar en un mismo conjunto marcas de un pasado dejadas por el paso del tiempo, con creaciones nuevas (Jameson, 1996). La nueva concepción de la armonía estética no viene de una adaptación de lo nuevo a lo viejo, sino de un choque, frecuentemente voluntario, entre elementos pasados en su inserción con rasgos nuevos, con muestras de la más refinada posmodernidad arquitectónica.

La yuxtaposición de estilos, vista como incongruente por el imaginario patrimonialista, es percibida por el imaginario posmoderno como una forma, una acumulación *hic et nunc* de lo que ha sido dejado por otros presentes. La diferencia entre periodos de edificación no alcanza a tener sentido ya que cada uno de ellos fue “presente” en un momento dado: el momento actual solo recoge la “presentación” (la puesta en exhibición en la actualidad) o sea el hecho de insertar en el momento actual, vivido, restos de un presente pasado que perdió su sentido como tal.

No existe pues incongruencia de estilo si todos los presentes anteriores se han vuelto actuales, por lo que la vida urbana puede apropiarse de estos restos, de estas ruinas que testifican otros presentes.

Los usos que pueden darse a los edificios dependen entonces también del instante vivido: los usos se desprenden de la piedra, solo la ven como un recipiente desprovisto de historia; así, la casa patricia se transforma en “antro”; luego, el antro deviene oficina de diseñadores, o ésta en un café de franquicia; todo es posible, porque las porciones del pasado cristalizadas en el espacio de hoy se yuxtaponen sin por ello integrarse forzosamente (en el sentido de lograr una integración de estilo, uso y sentido) con el resto de las edificaciones.

La tradición de las escuelas estéticas no es entonces primordial, más bien puede imponerse como confrontación, como voluntad de jugar con estilos y momentos en *collages* espaciales de temporalidad limitada.

La vida urbana que se puede reinsertar en los centros históricos, y en ese patrón espacio-temporal, no podrá nunca adquirir las características de la urbanidad tradicional, donde la pertenencia se tejía entre espacios conexos, por las tradiciones y costumbres ancladas en la piedra y en la memoria colectiva, con la certeza del actuar de manera “adecuada” y avalada por la costumbre. Este modo de vida urbano tradicional se ha desmoronado progresivamente por la embestida de la modernidad que insertó progresivamente, en un proceso de décadas, piezas de un nuevo juego ajeno a la vida tradicional de los barrios centrales. Los comercios nuevos, las actividades recreativas no tradicio-

nales, las nuevas pautas constructivas y la destrucción progresiva del patrimonio para fragmentarlo en piezas sueltas, inconexas, todas ellas fueron algunas de las estrategias modernizadoras que llegaron progresivamente para imponerse y transformar de fondo los barrios tradicionales.

Sabemos que algunos barrios pudieron “resistir”, en ciertos casos por la calidad de su patrimonio protegido por las autoridades, otros por la fuerza de su economía local, algunos otros por ofrecer anticipadamente servicios a la modernidad, sin olvidar aquellos que por la marginación y pobreza fueron mantenidos como espacios de reserva para la modernidad en expansión. La mayoría de los barrios tradicionales fueron progresivamente perdiendo su vida urbana o protegiéndola con suma dificultad.

Los cambios actuales, entonces, no son el resultado de un pasado reciente, de los últimos años de hipermodernización, de la llamada “globalización”, son el fruto de años de una transformación que suele ser lenta pero no por ello menos drástica (aunque en algunos casos se hayan dado programas de “renovación urbana” con una reconstrucción radical y de temporalidad acelerada). Hoy se vive algo que no puede comprenderse de manera profunda sin considerar el proceso que llevó a la degradación de la vida urbana anterior. Y en esos procesos, los imaginarios fueron y son centrales.

Así, la vida urbana que se pretende reconstruir es diferente a la que mencionamos antes en varios sentidos. En primer lugar, porque ha perdido esta profundidad histórica que citamos; en segundo lugar, porque no pretende recrear una vida tradicional, aun cuando se instale en espacios tradicionales y construya escenarios teatrales miméticos de ciertas pautas de la vida urbana anterior (los cafés con terrazas al aire libre, las vías peatonales); y finalmente, porque no hace realmente “ciudad” sino que introduce el espectáculo urbano en la vida de quienes no conocieron pero anhelan nostálgicamente una vida urbana desaparecida desde décadas atrás.

La dimensión espectacular es ciertamente la clave. En eso, los centros históricos no son muy distintos de los parques de diversión, par-

ticularmente aquellos que han usado la dimensión estética e histórica como atracción. La temporalidad del escenario es diferente, pero el uso suele ser similar. Por ende, entre Las Vegas y el Centro de Cracovia o de la ciudad de México, la diferencia no es esencialmente el símil de vida urbana que se constituye, sino la presencia de actores institucionales que producen este espacio y lucran con su uso, en forma evidentemente más intensa y “comodificada”⁵ en los parques de diversión.

Pero la “comodificación” del espacio es ahora parte inherente del uso de los centros históricos. El estacionamiento pagado o los parquímetros fueron las primeras expresiones de ese carácter monetario (aunque la venta sea efímera) de fragmentos del espacio urbano; el café se paga más caro en la terraza y el mismo dueño del sitio paga impuestos para usar el espacio público en su beneficio, en una suerte de privatización temporal.⁶ Las actividades pagadas se multiplican: ferias, museos, exhibiciones de cualquier tipo, esculturas humanas requiriendo de su cooperación voluntaria (cuasi pago) así como los organilleros. El transeúnte parece apreciar y justificar el precio que debe pagar para usar este espacio y “jugar a ser un urbanita” tradicional.

El imaginario posmoderno permite así que un *Ersatz*⁷ de vida urbana tradicional sea parte de la vida espectacular a la cual nos invitan en todos los rincones de nuestra existencia. El centro histórico es un espacio privilegiado para ello, un reservorio de imágenes que también puede llamar a la superficie a aquellos recuerdos transmitidos por las

5 Usamos los neologismos “comodificar” y “comodificación” para traducir los términos anglosajones referidos al proceso de transformación de un bien o una idea en algo “vendible”.

6 En un aspecto se asemeja a aquello que Goffman planteaba con el ejemplo de la apropiación efímera que una persona puede hacer de una banca en una plaza, con la diferencia de que en el ejemplo goffmaniano no entraba el pago por esa apropiación efímera.

7 *Ersatz* es la palabra alemana para referirse a sucedáneo, un producto de reemplazo que se aplicó particularmente a ciertos sustitutos de bienes de consumo escasos como el café, durante la Segunda Guerra Mundial.

tradiciones familiares o reflejadas en el cine local. Por ejemplo, podemos preguntarnos si el imaginario posmoderno acaso no juega más sobre las imágenes acumuladas en la historia mental de las personas, o si usa prioritariamente aquellas imágenes vehiculadas por los medios masivos de comunicación.

Todo parecería indicar que es lo segundo, tanto más que las reconstrucciones históricas o los escenarios tradicionales suelen ser frecuentes en las producciones televisivas, como las telecomedias y las series históricas, para los cuales el recurso a asesores historiadores es frecuente. La “historia” (con “h” minúscula) de algunos historiadores es la disciplina que hace verosímil las reconstrucciones “pseudo”, y ofrece así un nuevo derrotero profesional a quienes no parecían tener lugar en un mundo que pierde cada vez más la memoria.

El límite entre la “ciudad espectáculo” y la “ciudad farsa” es muy estrecho⁸: las necesidades de la rentabilidad y el deseo de producir actividades “comodificables” a corto plazo conllevan a emprender maniobras tales como disfrazar las actividades “mal vistas” con el color y estilo del barrio (el McDonalds del Barrio Latino en París, disfrazado de cultura con falsos libros y un busto de Voltaire, presumiblemente de plástico). También, en la ciudad de México, un falso tranvía turístico (un bus disfrazado) recorre el Centro Histórico.

Los centros históricos se vuelven así, concretamente, lugares aprovechables para imponer nuevos imaginarios de vida urbana, susceptibles a su turno de engendrar prósperas actividades.

El conflicto inevitable

Suele considerarse a los centros históricos como espacios del conflicto entre un sector tradicional de la población que vive en —y del mismo y un sector “moderno” que desea recobrar ese espacio. Vende-

8 Aquí cabe la referencia a Armando Silva que habla de periodo de producción, consumo, espectáculo y farsa.

dores ambulantes, población residente (con frecuencia envejecida) e intereses meramente locales, formarían entonces un primer grupo, mientras que jóvenes en busca de nuevos espacios de calidad para vivir, empresarios ilustrados, funcionarios y políticos bien intencionados que desean mantener el patrimonio, formarían el segundo grupo en conflicto.

Esta forma de enfocar la situación social de los centros históricos plantea, en forma simplista, que el problema central de los centros es la presencia de los sectores débiles, aquellos que forman parte del "circuito inferior de la economía urbana" (Santos, 1975). Son vistos como invasores en el caso de los ambulantes, o como un residuo de un pasado inaceptable, como personas incapaces de preservar el valor patrimonial de los centros históricos; por ende, se les presenta como elementos negativos. Este discurso es elaborado no solo por las cámaras del comercio o agrupaciones empresariales, sino también por los políticos que comparten esta interpretación. Para consolidar aún más este enfoque, se opera una asimilación entre la informalidad y la baja integración social y económica con la peligrosidad; el referente renovado de las "clases peligrosas", discurso propio de fines del siglo XIX, se ha reactivado últimamente.

Los estudios de Neil Smith sobre Nueva York evidencian que lo anterior es una estrategia muy clara de ciertos grupos económicos asociados con una parte de la clase política local, lo que se hizo evidente durante el mandato como alcalde de esta ciudad de Rudolf Giuliani (Smith, 1996).

Tal enfoque no solo es limitado, sobre todo descarta o esconde de tajo que los intereses sobre el centro histórico son antagónicos. Este antagonismo se refleja entonces, en primera instancia, entre quienes suelen ocupar el centro histórico de una ciudad y quienes desean reapropiarse de él. Podemos afirmar que estamos frente a una visión endógena de quienes viven o trabajan en el centro (es decir que tienen ya una presencia fuerte, aun si no es una residencia permanente) confrontada con la visión y los intereses de aquellos grupos que manifiestan una visión transformadora del Centro, lo que incluye tanto

los enfoques patrimonialistas más convencionales como los “posmodernos”.

Se detectan serias contradicciones entre los dos imaginarios recién citados, pero también en el seno mismo de cada uno. Los intereses son suficientemente complejos como para justificar su desmenuzamiento. Esto es justamente lo que permite dilucidar un abordaje desde los imaginarios. En este caso solo hemos confrontado dos imaginarios, los que consideramos más significativos o de fuerte emergencia. Son aquellos que remiten a las visiones exógenas sobre el centro histórico, es decir aquellos que sustentan una postura de conservación y los que demandan una reforma radical del sentido mismo del patrimonio en un contexto netamente más emprendedor.

Debemos ubicar el sentido mismo del conflicto, es decir, cuáles son las llaves para entenderlo. Por una parte, parece que detrás de estas posturas está el sentido mismo de la historia: historia-recurso para los emprendedores versus historia-patrimonial para los otros. La apuesta no es menor ya que es el sentido mismo de la historia de las naciones, de los pueblos, la que está en juego. ¿Podemos permitir que la historia se vuelva un elemento más de la búsqueda exacerbada de ganancias, con el riesgo de destruir los fundamentos de la identidad? ¿Es más importante, en esta fase en la cual nos encontramos, pensar en patrimonio histórico o en historia “comodificada”?

Por otra parte, el sentido de lo público y lo privado se ubica en el meollo de la discusión. No solamente lo público como propiedad, lo que de por sí es relevante, sino la idea misma según la cual los centros históricos son un patrimonio vivo que pertenece a todos y no debe ser sujeto de una nueva producción para fines privados. Este es el sentido mismo de la preservación patrimonial y su transformación en un capital cultural colectivo. La otra postura recupera los elementos relevantes de los centros históricos para transformarlos en nuevos soportes privatizados de la vida económica.

Finalmente, nos inquieta más cuál es el sentido mismo de la vida social y particularmente del tiempo libre que se encuentra en tela de juicio con estas transformaciones. Mientras que el imaginario patri-

monialista no ha pensado a fondo en las implicaciones sociales de la preservación patrimonial y se ha justificado esencialmente a partir de la preservación de un capital cultural colectivo, la visión posmoderna va mucho más allá.

Esa visión posmoderna transforma los centros históricos en espacios privilegiados para el turismo y la recreación, por ende, interviene en el impulso fuerte de visiones mucho más integrales de la vida social que el imaginario patrimonialista. De tal suerte que el tiempo libre queda cada vez más sometido a la presión del consumo, ya no en el contexto de sus espacios tradicionales (tiendas departamentales, centros comerciales) sino en un entorno renovado susceptible de ser más atractivo para la población (Judd, 2003). La posibilidad de ejercer una cierta transgresión⁹ (Giannini, 1987) o pequeña subversión, como la llamamos en otro contexto (Hiernaux, 2000), frente a las presiones sistémicas, se ve reducida a nada.

En este sentido, parecería que el centro histórico como paisaje no es lo esencial en la lucha de ambos imaginarios por el espacio central. Como lo hemos notado, es posible para el imaginario emprendedor recuperar las formas materiales del pasado para reconvertirlas. Es además uno de los elementos clave de su aceptación en el interior de la clase política. Entre no poder preservar a secas un elemento patrimonial y aceptar un uso comercial que sirva a la preservación u otorgar recursos para la misma, la elección parecería evidente.¹⁰

El conflicto se centra entonces en el modelo de vida que se quiere integrar en el centro. Este modelo implicaría eliminar las formas tradicionales (residentes pauperizados, comercios de mala calidad con

9 Adherimos a la definición de transgresión de Giannini, como "...cualquier modo por el cual se suspende o se invalida la rutina" (1987: 73).

10 Ha sido particularmente notoria esta discusión en el seno de las autoridades a cargo del patrimonio en México: han afluído las demandas de grupos de poder económico para usar sitios arqueológicos para eventos comerciales más o menos culturales (por ejemplo, un concierto de Jean-Michel Jarre con luz y sonido) o para "comodificar" la oferta en torno a otros centros, o simplemente para reconvertir un edificio. Lo anterior ha generado fuertes polémicas en el seno mismo de la comunidad relacionada con el patrimonio.

dominante de ambulante). Se exagera la lucha abierta entre las dos propuestas.

Regresando al tema de las temporalidades, son pocos los casos en los cuales la eliminación del modelo tradicional puede hacerse de una vez, por lo que la convivencia suele ser larga y conflictiva.

Por ello, los centros históricos recuperados tienden a ser lugares de alta vigilancia, con pautas de consumo y de comportamiento muy definidas y de represión a la transgresión. La vigilancia y la represión son entonces dos condiciones fundamentales para la reconquista —calificada como “revanchista”, según Smith (1996)— del entorno físico, y para la transformación de su uso. La asociación entre la esfera política y la económica se vuelve esencial; así, da lugar a la aparición de regímenes urbanos particulares para los centros históricos.¹¹ El caso de La Habana es particularmente ilustrativo en este sentido, donde la extraterritorialidad del centro histórico está plenamente reflejada en las modalidades de su gestión actual. En otros contextos, donde la capacidad autoritaria es menos notoria, como es el caso de las ciudades mexicanas, la mezcla social es más fuerte, aunque la tendencia es a una progresiva separación o dualización entre espacios “reconvertidos” y “espacios en transición”.

Por su parte, el imaginario patrimonialista, sostenido por las instancias de gobierno (a veces a regañadientes por la presión de los empresarios) podría permitir un uso socialmente más equitativo del espacio, un nivel de libertad mayor para las personas, una integración de las poblaciones residentes en los centros históricos. Pero esto sería posible solo si se desprendiera de su manto de virtudes estrictamente restrictivas y conservacionistas, para ofrecer propuestas con sentido para

11 Un aspecto interesante es que el régimen urbano constituido por el modelo de asociación público-privado para la gestión de los centros históricos puede aparecer como fuertemente diferente del resto del imaginario y del discurso público sobre la ciudad en general, situación particularmente evidente en la ciudad de México, donde el discurso sobre el centro es de tipo represivo-posmoderno (inclusive se llamó a Giuliani para asesorar los temas de seguridad pública) mientras que es más de centro izquierda (apoyo a los desfavorecidos) en el resto de la ciudad, aunque, aun así, con matices.

transformar a los centros históricos en espacios que posibiliten un modelo distinto de ciudad y de sociedad.

El conflicto abierto no es menor: tampoco remite solo al centro histórico, sino al sentido mismo de la vida urbana y a su gestión desde lo político. Resulta particularmente ilustrativo que las posiciones de gobiernos de izquierda reflejen, en no pocos lugares, un total acuerdo con la visión de la recuperación del espacio para su comodificación a favor de intereses privados.

Queda por construirse una reflexión sobre cómo evitar la degradación de los centros, en la que se conjuguen los diversos imaginarios en una visión unificada de los centros históricos, menos excluyente pero también dinámica.

Bibliografía

- Bachelard, Gaston (2002) [1932]. *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica, Breviarios, 435.
- Benjamin, Walter (1996). *Paris capitale du XIXe siècle*. París: Editions du Cerf.
- Castoriadis, Cornelius (1985). *La institución imaginada de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Debord, Guy (1995) [1967]. *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: Biblioteca de la Mirada.
- Giannini, Humberto (1987). *La "reflexión" cotidiana (hacia una arqueología de la experiencia)*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Giddens, Anthony (1997). *Modernidad e Identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.
- Gregory, Derek (2004). *Geographical Imaginations*. Cambridge: Blackwell.
- Harvey, David (2003). *Paris, capital of Modernity*. Londres: Routledge.
- Hiernaux, Daniel (2000). "La fuerza de lo efímero: apuntes sobre la construcción de la vida cotidiana en el turismo", en: Lindón Vi-

- Iloria, Alicia (coord.). *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos: 95-122.
- Hiernaux, Daniel (2003). "La réappropriation de quartiers de Mexico par les classes moyennes : vers une gentrification?", en: Catherine Bidou; Daniel Hiernaux y Hélène Rivière d'Arc (eds.). *Retours en ville*. París: Descartes & Cie.: 205-240.
- Jameson, Fredric (1996). *Teoría de la posmodernidad*, Madrid: Editorial Trotta S.A.
- Judd, Dennis (2003). "El turismo urbano y la geografía de la ciudad". *Eure*, N° 87. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile-Instituto de Estudios Urbanos: 51-62.
- Lefebvre, Henri (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- Lefebvre, Henri (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lowenthal, David (1998). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal Universitaria.
- Maffesoli, Michel (1993). *El conocimiento ordinario, compendio de sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, Michel (2003). *Notes sur la postmodernité (le lieu fait lien)*. París: Institut du Monde Arabe et Editions du Félin.
- Melé, Patrice (1998). *Patrimoine et action publique au centre des villes mexicaines*. París: Ediciones del IHEAL, Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Pred, Allen (1991). "Spectacular Articulations of Modernity: The Stockholm Exhibition of 1897". *Geografiska Annaler, Series B, Human Geography*, LXXIII, B, 1: 45-84.
- Santos, Milton (2000). *La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel.
- Santos, Milton (1990). *Por una Geografía nueva*. Madrid: Espasa.
- Santos, Milton (1975). *L'espace partagé: les deux circuits de l'économie urbaine des pays sous développés*. París: Génin.
- Silva, Armando (1992). *Imaginario urbanos, Bogotá y Sao Paulo: Cultura y Comunicación Urbana en América Latina*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo.

Smith, Neil (1996). *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*. Londres: Routledge.

Vergara, Abilio (2001). "Horizontes del imaginario. Hacia un reen-
cuentro con sus tradiciones investigativas", en: Abilio Vergara (dir.).
Imaginarios: horizontes plurales. México: CONACULTA-INAH:
11-81.